



SEMANA SANTA.

Funcion del Santo Sepulcro en Lebrija.

Ea España debe, con razon, gloriarse de haber recibido la religion cristiana casi desde el momento en que se consumó la redencion del mundo. ¡Admirable prodigio! Aun se descubrian sobre la cima del Gólgota las gotas de sangre de nuestro divino Redentor, aun vivia la Santísima Virgen, aun predicaba el infatigable San Pablo á los habitantes de Corinto y Tesalónica, y anunciaba por todas partes los misterios y los preceptos de la ley de gracia; y ya la antorcha de la fé habia alumbrado el horizonte hispano, ya nuestro suelo habia sido santificado por la sangre de los mártires. Esta preciosa semilla comenzó á fructificar tan estraordinariamente, que muy poco tiempo despues la España era cristiana, cayendo por tierra las falsas deidades de la gentilidad ante el nuevo estandarte de la Cruz.

Pero la invasion de los bárbaros, las doctrinas que estos introdujeron, y las incesantes guerras posteriores, ofrecieron poderosísimos obstáculos para generalizar y radicar la verdadera religion en toda

su pureza; y aunque desde el reinado de Recaredo logró ya una decidida proteccion del Gobierno, la funestísima invasion de los Arabes sofocó el cristianismo en casi toda la Península, sustituyendo los groseros errores del Alcoran á la sublime y divina moral del Evangelio.

Comenzó entonces una desastrosa y sangrienta guerra de seis siglos, que ofreció á los Españoles el glorioso resultado de restaurar su patria, y restablecer en toda ella la religion del Crucificado.

Lanzados los sectarios de Mahoma á la otra parte del Mediterráneo, y asegurada así la paz de que tantas generaciones habian carecido, volvieron á florecer las artes, abandonadas por aquel tiempo en España, y progresando con ellas la civilizacion, fué al mismo tiempo adquiriendo riqueza y esplendor el culto religioso, que antes era desaliñado y pobre, por un efecto preciso de las circunstancias. Por todas partes se levantaban iglesias y creaban hermandades, dedicadas unas á la Santísima Virgen, y otras á diversos santos, notándose desde luego con mucha generalidad el mayor entusiasmo religioso por el Santo en cuyo dia habia sido reconquistado cada pueblo, y al que elegian por su tutelar y patrono, para memoria de tan fausto suceso.

Pero entre tantas devociones promovidas por la piedad de los cristianos, ninguna mayor, y con ra-

zon, que la de venerar la sagrada Pasion y muerte de nuestro divino Redentor. Asi es que la Semana santa ha sido siempre y es en todos los pueblos, la época de mas movimiento religioso, y en la que todas las Iglesias apuran sus recursos para solemnizar los divinos oficios.

No es nuestro ánimo hablar detenidamente de estas funciones religiosas, cuando en todos los pueblos se celebran igualmente con mas ó menos lucimiento, segun la posibilidad ó el gusto de cada uno. Nos limitaremos por tanto á dar noticia de una de ellas, la cual, por las circunstancias particulares que la rodean, hace sea admirada de todos los forasteros. Tal es la funcion del Santo Sepulcro en la Iglesia parroquial de la *Villa de Lebrija*, provincia de Sevilla. Haremos brevemente su descripcion.

Una antigua hermandad, compuesta de individuos que ella misma nombra, dirige y costea la funcion: y como esta, segun se verá, no está sujeta á ningun ritual, vá adquiriendo, como ha sucedido en estos últimos años, muchas mejoras, que aumentan su celebridad y lucimiento.

Acabados los maitines ó tinieblas en la tarde del viernes santo, y colocada con anticipacion en el presbiterio una devota imágen del Señor crucificado, se hace el descendimiento, mientras se predica un Sermon sobre tan tierno y patético acto: y concluido, se coloca la sagrada imágen en una elegante y bellísima urna, mas apreciable aun por su mérito artístico, que por la materia de ébano y plata de que está construida.

Antiguamente poseia la hermandad un rico sarcófago de plata, que si bien carecia de gusto por haberse hecho en el tiempo de la corrupcion de las bellas artes, era sin embargo una alhaja de extraordinario valor. Mas desapareció en 1810 durante la invasion francesa, construyéndose la actual, la cual es digna de todo elogio por el buen gusto que resalta en toda su obra.

Sobre un zócalo que marca la planta de la urna, se levanta un cuerpo de orden compuesto, con columnas estregadas, y pedestales de igual clase. Sobre este cuerpo corre una balaustrada sostenida y apoyada en otros pedestales, que sobresalen en la direccion de las columnas: y estos pedestales están coronados de preciosas pirámides. Por la parte interior de la balaustrada, descansa sobre el mismo cornisamento la tapa en forma ochavada, y con elevacion proporcionada, imitando con mucha gracia y propiedad las urnas romanas. La materia principal de su fábrica es ébano muy fino; pero la basa y capiteles de las columnas, los vivos de las fajas del arquitrabe, y los modillones, son de plata, asi como son del mismo metal los atributos de la pasion, que primorosamente trabajados aparecen de bajo relieve en los pedestales de las columnas. Los intercolumnios cerrados de cristales, ofrecen bastante espacio para ver la sagrada imágen envuelta en una sábana, y recostada sobre colchon y almohada, todo primoroso y rico, cual corresponde á la suntuosidad de la urna.

Dispuesto asi el misterio, sale el Santo entierro llevando delante la misma cruz en que el Señor estaba crucificado: síguenle todas las cofradias del pueblo con sus pendones, presidiendo la de esta funcion, y últimamente el clero cantando el salmo 113, y llevando la sagrada urna con el rico aparato fúnebre de terno, bandera del Cordero, pálio y demas, todo tan suntuoso, que mas bien parece de una opulenta catedral, que de una parroquia de pueblo subalterno.

Ordenada asi la procesion, sigue por la misma carrera destinada para la del Corpus; y se combina el tiempo, para que al anochecer llegue al sitio de la funcion. Aquí es donde se presenta, especialmente al forastero que lo vé por primera vez, la perspectiva mas bella y encantadora que puede darse.

El sitio ó lugar de que hablamos es el patio llamado de los Naranjos, contiguo á la misma iglesia. Este patio, de bastante estension y cuadrado, está cerrado en todos sus cuatro lados de una hermosa galería de arcos sobre columnas aisladas. Un antepecho, que se eleva á la altura de los pedestales, separa el patio de las galerías, sin impedir la vista de todo el edificio. Sobre el antepecho corre una balaustrada apoyada en las columnas, y coronada toda ella de preciosos faroles. Los claros de los arcos están adornados con ricos fanales, que hermosean extraordinariamente el sitio, y aumentan la iluminacion. Las paredes de las galerías y las interiores del patio, se visten de espejos y cuadros pintados, algunos de mucho mérito. En el centro del patio, sobre un zócalo de piedra, se vé el Santo sepulcro, que es un bello y esbelto templete de ocho columnas que sostienen la cúpula, y sobre ella una cruz que casi se oculta entre los mas altos pimpollos de los naranjos; debiendo advertir, que los de este patio, por razon de la sombra del edificio, tienen mas de doble altura que los comunes.

Todo el templete aparece vistosamente iluminado, y al mismo tiempo adornado con mucho gusto el cuerpo principal donde está una gran mesa dorada, con almohadones de terciopelo carmesí y franjas de oro, para recibir la sagrada urna. Al derredor del sepulcro se ven ricos candelabros de plata con hachas de cera. Todo el pavimento del patio y las galerías se encuentra cubierto de arrayan y de yerbas aromáticas. En uno de los ángulos está la orquesta, que rompe su lúgubre música al llegar la manga ó cruz que precede al clero: y sigue tocando mientras se coloca la urna en el sepulcro. En este acto se presenta una compañía de soldados vestidos á la romana, la cual se encarga de dar la guardia, colocando sus centinelas en el patio como se vé en el grabado.

Acabada la procesion, se retiran todos por un corto rato para volver á acompañar al Señor. Entonces las galerías se llenan de gente, con separacion de sexos: y el clero, los individuos de la hermandad, y los convidados ocupan los asientos del interior del patio; y dura la funcion hasta la media noche,

mientras la música canta las lamentaciones de Jermías, y varios motetes sobre la pasión del Señor.

Tanta magestad cautiva el alma y la embelesa; la vista del sepulcro entre corpulentos naranjos, que semejan con toda propiedad un huerto; el silencio de la noche y la bien entendida distribución de innumerables luces; la vista del Señor en la urna; los acentos de una música lúgubre y sombría, y el suave olor que exhala el pavimento, todo enajena y arroba el alma, llenándola de una cristiana devoción, y la lleva insensiblemente á contemplar el suceso mas memorable del mundo; aquel misterioso acto, en que Dios mismo hecho hombre, dió voluntariamente su vida por la salud del género humano.

Lebrija 5 de Marzo de 1845.—Antonio Sanchez de Alba.



EL SENTIMIENTO RELIGIOSO (*)

y el monumento de la catedral de Sevilla.

¡Oh creencias de la edad primera, candorosas y atractivas costumbres de los tiempos antiguos, divisa de los caballeros cristianos, Dios, mi dama, mi Rey! ¿qué es de vosotras? El hombre de los siglos ilustrados no se acuerda de su Dios, no tiene confianza en su dama, y reconoce apenas á su Rey.—D' Alicourt.



uatro lustros cuenta el jóven Enrique, un corazón amante, sentimientos dulces: un carácter tético, un meditar profundo; hé aquí el horizonte de su temprana vida. Ausente seis años há de la paterna estancia, ¡ay! cuando dió el último adiós á lo que mas amaba, tal vez en el fondo de su alma daba el postrero á su indiferencia vital, á sus inocentes dias! A un mundo nuevo vá á lanzarse como por encanto, y del monotonó vivir de un pueblo, pasa al agitado, cual torbellino, del centro de las ciudades. Su pecho vá á abrirse á un respirar menos apacible, y el anhelo del saber lo embargará algunas veces, lo despedazará muchas.

Enrique, separado de los suyos, siente latir su

(*) La festividad de los dias en que se ha preparado el presente número de nuestro Semanario, nos ha movido á trasladar á sus columnas el siguiente rasgo, que no desagradará sin duda á nuestros lectores, hecho por su autor en Sevilla en años muy juveniles, y á la vista de las grandes funciones religiosas que allí tienen lugar por este tiempo.

corazón por prendas tan queridas, se dilata mas de una vez al dulce recuerdo de lo pasado, y no puede dejar de suspirar por lo futuro. ¡Mas, se alimenta de las mismas creencias de aquella edad, de las inocentes ilusiones de aquel tiempo, del sereno porvenir de aquellos dias? No: hé aquí su despechado vivir, la pugna intelectual que corroe su corazón, como el insecto de la tumba en el cadáver que en sí oculta. Su edad es ya presa de las pasiones, apenas raya el sol de su juventud, como el lirio que apenas abre su cáliz, es achicharrado por el austro abrasador. El se encuentra exhausto de toda clase de conocimientos, él oye decir, que un mundo nuevo ha sucedido al viejo, un espíritu de progreso al del fanatismo que caducó; á los esclavos, ciudadanos, y á aquellos hombres, en fin, hombres nuevos. Y aguijoneado por aquel deseo de saber que ya le atormentaba, y que se le robustece aun mas por lo que escucha, en su interior se fija un principio insaciable de inquirir. Semejante al combustible que produce el efecto de la expansión en el cuerpo que lo circunda, su alma propenderá á investigarlo todo, á conocerlo todo, arrojando en su frenesí con los arranques del corazón, tras la amarga convicción de su mente. ¡Fatal impulso que le dejará un vacío mas desconsolador aun que la perspectiva de un osario, que la reflexión de la nada!

Impulsado Enrique por estos movimientos, ha devorado las páginas de la ilustración moderna, se ha entremetido en la grande sociedad del mundo, ha tratado á los hombres, y ha sentido la falsedad de éstos, como la ficción sola de aquella. La sociedad sí, le ha presentado la virtud, pero ha sido la máscara del interés: la vanidad bajo el velo del amor: la perfidia, bajo el encanto de la amistad; y la gran gloria, ó estéril, ó velada de sangre.

Tan téticos pensamientos marchitaban de continuo los juveniles dias de la primavera de Enrique. Pero lo que despedazaba mas su corazón, lo que heria mas de muerte su existencia, era la lucha de sus principios religiosos.

Ya se vé.... contemplativo por temperamento, el ejemplo de sus mayores, las ideas de la educación, todo le imposibilitaba el sacrificio de su desprendimiento; desprendimiento costoso, á la manera que la encina, solo arroja la agrietada cáscara de su tronco á fuerza de los elementos que sobre ella han descargado su furia. Mas la filosofía del siglo que al presentar descarnada la sociedad sin los atavíos de lo ideal, roba las ilusiones de este mundo, sin dejar esperanzas para el otro, así se lo exijia; y Enrique debía aparecer en la sociedad, ilustrado desprecupado, del siglo....

Esas guerras de religion trastornando los imperios, el cuchillo bendecido en nombre de un Dios de paz para hundirlo en las entrañas de los reyes, la ambición de sus ministros.... ¿es posible ¡Dios mio! sea todo inspiración vuestra? ¡atroz blasfemia! No: La esencia del mismo amor, no puede ser el Dios de las venganzas. ¡Eco sublime que no

se sobreponía á sus reflexiones, y cuya voz parecia acallar la agitacion de su conciencia. Sin embargo, la calma de su meditar era la ráfaga de un meteoro, y á ella le sucedia una nueva agitacion, como al relámpago el estrepitoso trueno.

Este era el estado de Enrique, cuando sumido en sus meditaciones, guiaba maquinalmente sus pasos al templo de la catedral, la noche del jueves Santo. Un inmenso pueblo ascendia sus gradas apiñándose á la vez por sus anchurosas puertas. La calma de la noche, la apacibilidad de la luna que al través de unos celajes derramaba la pálida luz de su disco sobre los arabescos adornos de su fachada, todo afectaba su imaginacion, sintiéndola elevarse á una region superior, y vagar por un vacio incierto. ¡Bello astro de la creacion, parecia que velaba de dolor su rostro en esta noche funeral, que se deja sentir por do quiera en el mundo de los cristianos! Enrique llevado en pos de la multitud que le precede, al pisar el sagrado umbral de sus puertas, se exalta de nuevo á los objetos que le rodean. Un inmenso espacio, prolongadas naves, machones alineados, que cual manojos de petrificadas varas sostienen aquella multitud de bóvedas; todo le dice ser la morada del Eterno, el alcazar de un Dios.... Y recogido involuntariamente en su interior, su vista se fija sobre el grandioso monumento, objeto de la adoracion de aquel pueblo prosternado. Allí, sobre un terso pavimento, y en lo interior de cuatro de sus columnas, se elevan otras ciento sobre embarnizadas bases, formando el arte por graduacion cinco cuerpos ó templetos adornados de sus respectivas estatuas, cúpulas y frisos. Mil lámparas de plata alumbran pendientes sus sinuosidades, y desde su arranque hasta la cruz que lo corona y que parece embestir con la clave de la bóveda, hachas sin cuento arden en sus radiantes balastradas. La hostia del misterio se oculta allí en el mas rico tabernáculo que la naturaleza y el arte formar pudieron unidos; y al reflejar mil rayos de luz el oro y los diamantes, forman el contraste mas embelesador las frescas flores que se mezclan con los follages de la plata, ostentando entre ellos sus variadas y fragantes hojas. Entre la lóbrega magestad que lo rodea, este todo presenta la imágen de una torre ignea, ó la *flamante columna del pueblo de Israel* en las sombras de la noche. Torrentes de luz bañan el terciopelo que encubre los muros que lo rodean, y esparcida por los espacios del templo, su suelo y sus bóvedas, todo parece impregnado de ella, como de la lava volcánica los lugares por donde corre. Un inmenso pueblo yace allí arrodillado ante las cuatro fases del monumento, y en sus rostros contemplativos, pintada se vé la idea del recuerdo misterioso. Pero lo mas seductor para Enrique, es la actitud de una virgen, el orar de una muger.... De entrañas mas tiernas que el hombre, de sensibilidad mas esquisita, ella no sabe *dudar*, sabe solo *amar*, *confiar*.... *contemplar*. Su alma no se esplaya por su *entendimiento*, obra sí, en su *corazon*.... Asi una jóven espa-

ñola puede ser en la calle el arrobo de los sentidos, pero en el templo, es el talisman del corazon. Arrodillada en actitud de embeleso, un velo negro deja entrever su frente de marfil, sus rizos como el oro, sus ojos de azabache, sus afiligranados dientes, y entre sus dedos se enreda con descuido un engastado rosario, ó un libro de tafite. Pura como el aliento de un angel, candorosa como el albor de la mañana, inmóvil como la palma silenciosa, ella repasa su libro, ó deja transcurrir una cuenta. Lo uno y lo otro es para ella una ofrenda, y esta ofrenda es para su *fé* un hechizo, que envuelve un no *sé qué* de dulce.... consolador. ¿Quién no eleva sus ojos al ver levantar los suyos? ¿Quién no ejercita su sensibilidad, al verla obrar tan pura? ¿Qué corazon no late al ver esta mezcla de lo bello y lo ideal? Sí; no hay que dudarlo, dice para sí Enrique, el culto, la religion, es una emanacion del amor, destello de la divinidad. Esta manifestacion del alma es el balsamo de las penas, el aliento de la vida, el refugio único de la injusticia humana. Su pacto toma origen en nuestra cuna, y sus promesas llenan el espacio que hay entre el sepulcro y la eternidad. Sin religion, es la vida mas estéril que la arena del desierto, que el polvo de las ruinas.

Ventilen en buen hora los hombres lo que solo debe percibirse; quiera robar su mente los efectos que son parte del corazon; *discurran* lo que no está al alcance del discurso, siempre un corazon sensible, un alma tierna y apasionada, propenderá á los impulsos afectuosos, á los sentimientos melancólicos.... al principio religioso.

Miguel Rodriguez Ferrer.



DOMINGO DE PASCUA EN ROMA.

El domingo de Pascua de Resurreccion en Roma, es el mas hermoso dia del año en la primera de las ciudades del mundo. Desde muy temprano las campanas de todas las iglesias saludan en las regiones del aire la aurora del dia triunfal. Roma entera se despierta entonces, y corre á S. Pedro. Por muchas horas de la mañana las calles que conducen á la basilica parecen otros tantos torrentes, por donde pasan con la mayor confusion multitud de ciudadanos y estrangeros, millares de carruajes de todas formas y colores, de regimientos y escuadrones, que tocando marchas marciales se diri-

gen á la plaza del Vaticano. En medio de este torbellino de gentes, coches, soldados, peregrinos, frailes y mugeres, se llega á la plaza delante de la cúpula de S. Pedro, que en este día parece alzarse al cielo mas sublime y magestuosa que nunca.

Sucesivamente van llegando las congregaciones de penitentes blancos, de penitentes negros en número de trescientos aproximadamente. A las once todas las miradas se fijan sobre la capilla de la *Pietà* inmediata á la puerta principal. Alzase la enorme cortina que cubre la puerta, ábrense sus dos hojas de bronce y penetra por ella la guardia suiza de gran uniforme al compás de armoniosas músicas, siguen los prelados que llevan la cruz y los candeleros, pues ni en Francia ni en Italia se usan ciriales, precediendo el cuerpo de monseñores, de auditores de la Rota, de camareros y demas miembros de la corte pontificia; siguen despues los canónigos de San Pedro y de San Juan de Letran, despues dos obispos griegos y un patriarca armenio, con hábitos pontificales abriendo la marcha del cuerpo episcopal. Siguen los veinte y ocho arzobispos y obispos de todas naciones con mitra dorada, y capas ricamente bordadas.

Vienen despues cuarenta y dos cardenales vestidos, segun sus títulos, de diaconos, sacerdotes ú obispos de la dalmática, casulla ó capa, y todos con brillantes mitras. En fin, el soberano Pontífice con la tiara en la cabeza, y los mas ricos ornamentos entra llevado, sobre una magnífica silla, sobre unas andas cubiertas de terciopelo encarnado recamado de oro. Dos grandes abanicos de pluma en unas varas doradas de seis pies de altura dan sombra á su cabeza, llevados por dos prelados. Los guardias de corps rodean la silla del Papa. Cierra la brillante comitiva el senado y los conservadores con sus vestidos de la edad media, rodeados de sus pages y guardias particulares.—Sigue inmediatamente el cuerpo diplomático con sus brillantes uniformes, y todos los príncipes y duques romanos.

Dobla la rodilla el soberano Pontífice delante del altar mirando á la puerta principal del templo, por estar construido el altar segun el uso de la primitiva iglesia vuelto al oriente. Hace una corta oracion, y comienza la misa que dura con la música de la capilla y todo solo cincuenta y cinco minutos. El decano del sacro-colegio se coloca á la derecha del pontífice, el primer cardenal presbítero á su izquierda con casulla, y los siete cardenales diaconos con dalmáticas detras de él.—Poco despues el hombre dos veces rey, ceñida la frente con la triple corona, marcha á sentarse en un espléndido trono, y desde él alzando la vista al cielo, y con los brazos levantados entona con voz firme y clara el himno divino.—*Gloria á Dios en los cielos, y paz á los hombres en la tierra!!!...*

La misa vá á concluirse; el Papa despues de consumir en el altar el pan eucarístico, vuelve á colocarse en el trono, y el primer cardenal diáco-

no le trae el sagrado cáliz. El papa puesto en pie bebe de él, y el decano de los cardenales presbíteros acaba de consumir en el altar lo que resta en el cáliz y termina en lugar del Papa la misa.

Terminada esta, todo el mundo sale apresuradamente del templo á situarse fuera, porque el padre comun de los fieles debe ser llevado procesionalmente á la tribuna exterior para dar desde allí la solemne bendicion *URBI ET ORBI*.

Cerca de ochenta mil espectadores ocupan la magnífica é inmensa plaza del Vaticano. Regimientos de infanteria, escuadrones de caballeria con banderas y estandartes desplegados forman en batalla al rededor del obelisco de Sesóstris, frente á la basilica, las galerias de la doble é inmensa columnata se cubren de innumerables grupos de hombres, mugeres y niños; en todos los balcones, en todas las ventanas, sobre todos los techos de las casas inmediatas se ven agrupadas un enjambre de cabezas.

Aquello es ver una aglomeracion, un hacinamiento de seres vivientes que produce el efecto de una verdadera Babilonia. Ni los poderosos príncipes y magnates cuyos pechos estan cubiertos de pedrerias y condecoraciones, ni las galas y atavios de las hermosas damas, llaman tanto la atencion como los pobres peregrinos que han acudido de las provincias inmediatas, las mugeres de todas las poblaciones de los Estados Romanos, cada una con el traje pintoresco y gracioso de su pais, peinadas las unas simple y sencillamente con sus ricas y pobladas trenzas negras donde brillan flores de plata ó las doradas cabezas de los alfileres, cubiertas otras de un blanquísimo velo aplastado sobre la frente; estas con corpiños de terciopelo escarlata que marcan voluptuosas formas, vestidas aquellas con anchas y flotantes ropas á manera de las antiguas estatuas sus magestuosos modelos, y todas bellas, hermosas, graciosísimas, ostentando el tipo que concedió el cielo solo á las hijas de su querida Italia; unos ojos dispuestos siempre á espresar el amor, una boca dulce y encantadora, una talla real y un modo de andar airoso y lleno de magestad que recuerda las Octavias y Cornelias.

Mil confusos rumores se levantan de este torbellino humano, y mil sonidos armoniosos pueblan á la vez el aire: á las voces de las gentes se mezcla el ruido de los coches, el redoble de los tambores, las sinfonias de las músicas, y la atronadora vibracion de las campanas de S. Pedro.

A una señal desaparece todo este inmenso ruido, y sucede un silencio sepulcral; el silencio de la media noche en medio de un desierto.

Gregorio XVI se presenta en el balcon de la basilica!

El Papa colocado en medio de la tribuna, en la silla gestoria, en que ha sido llevado en hombros de ocho prelados, está sentado en medio de un obispo que lleva en la mano una palmatoria con una luz: y otro obispo que tiene delante de él

abierto un libro en donde está escrita la fórmula de la bendición.

Al pronunciar estas palabras, *urbi et orbi*, en medio de una larga oracion dividida en cuatro períodos, el santísimo anciano se levanta de su silla, y con la mano trémula designa tres cruces sobre el pueblo, despues alza los brazos al firmamento, y se vuelve á los puntos cardinales del cielo, y replegando sus manos despues sobre el pecho, se sienta.

Tal vez cuando mis lectores concluyan de leer esta descripcion, el augusto Pontífice con mano trémula bendecirá á los hijos de un Dios de bondad, y deliciosas lágrimas caerán de sus paternas ojos. Puede haber mas magestuoso espectáculo, que es ver á un venerable anciano sobre el balcon del templo mas magestuoso del mundo, dominar desde lo alto del aire una multitud postrada á su presencia; saber que en aquella misma hora todo el mundo católico se inclina bajo su mano; sentirse el mas augusto, el mas poderoso entre los hombres, y luego verse tan pobre, tan débil y perecedero como los demas hombres, en comparacion de Dios...? ¡ah! mi pluma no es capaz de describir tan grande, tan magestuosa escena.

Inmenso, profundo es el silencio de tan innumerable concurrencia: no parece sino que el espíritu del Altísimo anima las palabras del anciano, y que descienden sobre la multitud arrodillada, lentas y sonoras en medio del universal silencio.

A la hora en que el cañon de Sant-Angelo anuncia la bendicion papal, todos los habitantes de los contornos vecinos se prosternan para recibir esta bendicion, que se dirige hácia los cuatro puntos del cielo y sobre todos los horizontes.

El Papa se retira. Desde la misma tribuna un cardenal arroja al pueblo billetes impresos, donde se espresa el número de años de indulgencia que su santidad concede á todos los que han presenciado esta ceremonia.

La noche del dia de pascua se dá al pueblo romano un espectáculo, que no por ser una simple diversion, es menos maravilloso. Se ilumina de repente la cúpula de la iglesia de San Pedro, su fachada y la doble columnata de la plaza del Vaticano. Los *sampietrini*, especie de habitantes de las alturas de la basilica, donde se crian y educan, acostumbándose desde la infancia á medir los abismos de su altura, á reparar, limpiar y adornar la obra de Miguel Angel, á fin de que constantemente sea digna de la divinidad que la habita; por medio de poleas invisibles suspendidos por la cintura á una cadena de cuerdas, nadando por decirlo así entre el cielo y la tierra, son los que disponen la mas grande iluminacion, que puede concebir la imaginacion humana.

A la señal de un cañonazo, tres mil ochocientos faroles designan verticalmente las líneas de la cúpula. A otra señal seiscientas noventa luces cortan horizontalmente estas mismas líneas con el mas brillante resplandor.

La rapidez, la magia de este cambio de decoracion repentino hecho á la vista del pueblo escede á toda ponderacion. A un tercer cañonazo, mientras la casa de Dios resplandece con luces verdaderamente sobrenaturales, un volcan se lanza desde el Mausoleo de Adriano, hoy Castillo de Sant-Angelo bajo el nombre de *Girandola*, llenando los aires de una horrorosa denotacion, y de amenazadores fuegos, que parece oponer la alegria del infierno á la celeste claridad del paraiso.

La *Girandola* que se dispara desde lo mas elevado del castillo de Sant-Angelo, es un inmenso artificio de pólvora que consta de diez y seis lados, y cada uno de ellos se compone de cuatro mil quinientos cohetes. Es de corta duracion pero ruidosísimo. Calcúlese la esplosion de setenta y dos mil petardos á la vez!!!

La gran basilica repentinamente iluminada en medio de las tinieblas de la noche, aparece uno de esos palacios encantados del Oriente, que solo se encuentran en los cuentos fantásticos.—H.



POESIA.

Ultima expansion de mi agonía.

Hermosa... yo te adoro.
Te ama un desgraciado;
Mi pecho atormentado
De un fuego inmenso está.
Perdona si te ofende
La voz de mi delirio...
Perdon!!! tan cruel martirio
Sufrir no puedo ya.

La aureola de tu frente,
Que lanza resplandores,
Tus ojos seductores,
Tu boca celestial,
Di: ¿sabes por ventura
Qué son al pensamiento...?
Emblemas de tormento,
Fatídico puñal.

Sin fé, sin ilusiones,
La mente desgarrada,
Mis años en la nada
Se van á confundir.
¿Adónde está tu encanto
Oh mundo fementido?
Inicuo! era fingido...
Ay! déjame morir.

En este triste lecho
Donde las penas crecen,

Mis fibras se estremecen,
Y jime el corazón,
Al recordar su imagen,
Su imagen de ventura...
No es falso.... de amargura,
De llanto y de aflicción.

Su imagen!! Ah, miradla
De nubes conducida....
Acercate, mi vida,
Mi júbilo, mi eden;
Arrójate en mis brazos,
Echizo de los cielos,
A consolar mis duelos
Ven presurosa, ven.

Ven... que sino, cual arbol
Que abraza la centella:
Y pálido descuella
Sin ramas ni verdor,
Mi cuerpo en breves horas
Verás ya sin aliento....
Y en su postrer momento
Maldecirá tu amor.

¿Qué me importa el renombre
Del Genio soberano,
Si obtengo un triunfo vano
Y me alejo de ti?
Desprecio los laureles,
Desprecio la pujanza,
Mi gloria, mi esperanza
Es adorarte, si.

De Ucrania las campiñas
Feraces, olorosas,
Do bullen entre rosas
Mil fuentes de cristal,
No igualan al perfume
Que espira, dueño mio,
Tu labio de rocío,
Tu seno angelical.

Deja pues que me bañe
En ese dulce aroma;
Cual ávida paloma
Tu aliento beberé:
Y lleno de entusiasmo,
Con tal delicia solo,
Del uno y otro polo
Señor me juzgaré

Pero.... yo desfallezco;
La huesa carcomida
Reclama ya mi vida....
Mis años de ansiedad.
Mujer!!! voy á esperarte
En el umbral del cielo;
Por premio de mi anhelo
Tendré... LA ETERNIDAD!!!

R. Monje.



TRADUCCIONES DEL ALEMÁN.

El amigo en la indigencia.

(De Pfeffeb.)

Pierde Aret en una noche
sus bienes por un incendio,
y los parientes y amigos

le abandonan, ¡hasta el perro!

Un gato solo fiel queda,
el cual su dolor sintiendo,
con lamentos inflamaba
su mas angustiado pecho.

¡Cómo! Dijo Arét, ¿tú solo
eres mi amigo sincero
en medio de la desgracia
con que me castiga el cielo?...

¡Dios mio!... ¡Por qué soy pobre!...
Pero no.... Todavía tengo
éste pedazo de pán
que juntos dividirémos,
como mi ultimo tesoro
bañado por llanto acerbo....

Por que le oli, dijo el gato,
me esperé á darte consuelo....
mas despues que le comió,
ingrato huyó de su dueño.....

A una fuente.

(Del mismo.)

Siempre estás corriendo, fuente,
jamás murmuran tus olas:
ven viagero, aquí, y aprende,
ven, y en esta fuente nota,
que el silencio dá los bienes....

La plegaria (1).

(De Matthisson.)

Laura reza!.. Angelicales arpas
la paz de Dios en su pecho resuenan
tan lastimado, y sus suspiros suben
ácia los ciélos, donde luego llegan
cual los olores de sangre de Abel.

Arrodillada pide, y se asemeja
á la inocencia que Rafael pintará....
Con la aureola su frente rodea,
que resplandece en derredor de aquellos,
que siempre habitan la mansion etérea.

¡Oh! Ella siente en el sople ligero
del poderoso la eternal presencia:
ya ve su espíritu que palmeras pasa
do la corona de la luz la espera....

Mirar rezando á esta preciosa santa,
que angelicál su corazón se llena
de confianza en el Dios de sus padres,
es una ojeada hácia la vida eterna....

N. R. de Losada.

(1) Esta canción, que su autor meditó en la escuela del convento de la montaña á los 17 años, es el mejor de sus trabajos desde que escribió uno á la inmortal Reina Luisa de Prusia. Fue puesta en música, por los mejores autores alemanes.



MISCELÁNEA.

En el *Faro del Francoli*, periódico de Tarragona, leemos el siguiente curioso artículo:

Arqueología. Despues de algunos dias, en que hemos tenido el gusto de ver á las horas de descanso ocupado dignamenté al secretario del gobierno político de nuestra provincia el señor don Ibo de la Cortina, en dirigir una operacion tan arriesgada como nueva en España, cual es la de levantar en peso un pavimento romano de mosaico, cuyos objetos monumentales de mucha valía, han perecido hasta el presente, los infinitos que se han descubiertos, al tiempo de estender su línea las canteras, por no saber el sistema por el que debia procederse á su extraccion; hoy, despues de haber dudado del éxito casi todo el pueblo tarraconense, que habia asistido por curiosidad á aquel sitio, vé coronada la empresa del Sr. Cortina.

Dos piezas iguales en que tuvo por precision que dividir el pavimento de veinte pies y medio castellanos de longitud, y 11 de latitud, se han transportado sobre carrós preparados al efecto y dirigido el mecanismo por dicho Sr. Cortina, el uno al museo de la Sociedad Arqueológica Tarraconense, que ha costeado la operacion, y el otro á la iglesia del exconvento de San Francisco, á disposicion de la comision central de monumentos artísticos, que parece trata de dar muestras de vida con el apoyo del digno señor gefe político, y el celo, actividad é inteligencia del mencionado Sr. Cortina, que sabe con su carácter afectuoso captarse el aprecio de las personas inteligentes de la capital, para que no sean vanas las disposiciones del gobierno, salvando del naufragio de la revolucion que acabamos de terminar, los objetos preciosos del arte, que yacen acá y allá esparcidos, despues de los infinitos que han sido presa de la rapacidad de nacionales y extranjeros.

La sociedad Arqueológica Tarraconense es digna de elogio por la generosidad con que ha prestado sus fondos para esto al Sr. Cortina, asi como por haber visto á este señor siempre rodeado y auxiliado del Sr. Albiñana, su presidente, del secretario el inteligente artista el Sr. Torres, á la par que de los vocales el Sr. Benet y otros que no enumeramos en obsequio á la brevedad, los que, entusiastas de las glorias de su pais y amantes del estudio, se ocupan de una manera que les honra mucho; y á ellos les será deudora su provincia de poder algun dia vanagloriarse y hacer ostentacion de preciosidades que, á no ser por ellos, hubieran pasado desapercibidas ó sido enterradas entre escombros, no siendo la menor de sus glorias el ser de los primeros que procuran con su ejemplo y pericia, ver si llegan á despertar de la fatal modorra en que yace en nuestra desgraciada nacion la ciencia arqueológica, y que por tanto les tributamos las mas sinceras gracias.

—Se ha repartido la entrega 15. de la España Pintoresca, y se está tirando la 16, que se repartirá dentro de muy pocos dias. Planteada ya esta empresa, y con un número tan crecido de suscritores, el Director ha tomado ya las medidas oportunas para que conforme dice el prospecto, salga sin falta ninguna una entrega cada semana; y que ni la humedad ni ningun otro motivo sea causa de retraso alguno. Las carpetas para el primer cuaderno (*Avila*) se están tirando tambien, y se darán con la última entrega de él: en su respaldo lleva los nombres de todos los suscritores.

—Tenemos á la vista y recomendamos la *Biblioteca dramática ó coleccion de dramas originales*, que se vá á publicar en Barcelona bajo la direccion de los apreciables poetas D. Victor Balaguer y D. E. A. Larrosa. Empezará á salir á luz el 1.º de Marzo, repartiendo dos dramas al mes; el precio será el de 3 reales cada produccion en uno ó dos actos, y el de 4 los de tres ó mas. El solo nombre del señor Balaguer, es suficiente garantía de esta interesante publicacion. En esta Corte se hacen suscripciones en la calle Ancha de S. Bernardo, núm. 85, cuarto principal de la izquierda.

—*Anedocta Histórica.*—YEZID Y HABABAH. —Yezid II, noveno califa de la rama de los Omíades, por los años 722 de la era cristiana, amaba locamente á su esclava Hababah, cuyas gracias y talento habian cautivado el corazon de su señor. Yezid conversaba amorosamente con su esclava, le trajeron un magnifico racimo de uvas, regalo de un alto personaje de su corte; la jóven Hababah manifestó, aunque sin pronunciar palabra, los zelos que le infundia aquel regalo, y queriendo Yezid consolarla, tomó del racimo un grano, que Hababah recibió en su boca: desgraciadamente este grano mucho mayor en Siria que en Europa, se le detuvo en la garganta á Hababah, y á pesar de los auxilios que le prestara Yezid, la jóven esclava pereció ahogada. Yezid, desesperado, no quiso que sepultasen el cadáver de su amada, y le conservó en su habitacion por espacio de ocho dias sin apartarse de él; obligado á separarse de este objeto querido á causa de la corrupcion, Yezid no pudo resistir esta desgracia, y murió de dolor, despues de haber mandado le enterrasen en el mismo sepulcro que Hababah.—L. V.

ADVERTENCIA.

Con el próximo número se concluye la suscripcion de los abonados por tres meses, á los que se les suplica la renueven con tiempo, para no sufrir retraso en el envio del periódico.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.